

**JOSÉ MARÍA  
AZNAR**

---

**EL FUTURO  
ES HOY**

**ESPAÑA EN EL CAMBIO DE ÉPOCA**

**PENÍNSULA** HUELLAS

**El futuro es hoy**  
**José María Aznar**

España en el cambio de época

*ediciones península*

© José María Aznar, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2018

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

PAPYRO - fotocomposición  
CAYFOSA - impresión  
DEPÓSITO LEGAL: B. 18.711-2018  
ISBN: 978-84-9942-728-7

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: De una época de cambios a un cambio de época	9
1. Del triunfo del nuevo orden liberal al hombre poshistórico (1989-2001)	25
2. Reajuste de expectativas frente al terrorismo global (2001-2014)	41
3. Impacto y retos de la cuarta revolución industrial	79
4. Democracia y seguridad, los pilares de Europa	107
5. Del siglo de los totalitarismos al de los populismos	133
6. El futuro solo está en la Constitución	151
7. Política, instituciones y sociedad: las caras de la crisis	173
8. La narrativa mágica de los nacionalismos	201
Índice onomástico	219

DEL TRIUNFO DEL NUEVO ORDEN  
LIBERAL AL HOMBRE POSHISTÓRICO  
(1989-2001)

En 1992, Francis Fukuyama anunció «el fin de la historia» en un artículo que tuvo un enorme impacto en el mundo entero. El argumento fundamental de Fukuyama era que el liberalismo, la democracia y el capitalismo habían triunfado, y que las guerras ideológicas que devastaron el siglo xx habían tocado a su fin. El fascismo, el nazismo y el comunismo estaban enterrados. El futuro pertenecía a la fe liberal-democrática de corte occidental. Diez años atrás, semejante tesis habría parecido un cuento de hadas, pero en 1989 el muro de Berlín cayó pacíficamente, y tras él, todo el imperio soviético en Europa oriental. Un año y medio más tarde desapareció el Pacto de Varsovia, y el día de Navidad de 1991 la Unión Soviética dejaba de existir. Hasta entonces, el objetivo de la oposición moral al comunismo se había mezclado con la tarea geopolítica de resistir al expansionismo soviético. Nunca antes de 1989 se había producido un triunfo de tal magnitud del orden liberal creado y sostenido por Estados Unidos y Europa desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Cuando concluyó la Guerra Fría, muchos estadounidenses y europeos pensaban que las cuestiones geopolíticas más difíciles se habían resuelto en gran parte. Con la excepción de un puñado de problemas relativamente menores, como los de la antigua Yugoslavia y la disputa palestino-israelí, los grandes problemas en la política mundial, creían, ya no iban a ser sobre las fronteras, la integridad territorial, las bases militares, la autodeterminación nacional o las esferas de influencia. Parecía lógico pensar que no había alternativa a los valores democráticos ni a la economía del libre mercado.

No se puede culpar a las personas por tener esperanza. El enfoque occidental sobre las realidades del mundo posterior a la Guerra Fría ha tenido mucho sentido, y es difícil suponer cómo se puede lograr la paz mundial sin reemplazar la competencia geopolítica por la construcción de un orden mundial liberal. Aun así, los occidentales a menudo nos hemos olvidado de que aquel proyecto de construir un nuevo orden liberal se basaba en los fundamentos geopolíticos establecidos a principios de la década de 1990.

La famosa fórmula de Francis Fukuyama, la de que el fin de la Guerra Fría suponía «el fin de la historia», era una declaración sobre la ideología. Pero, para muchas personas, el colapso de la Unión Soviética no solo significaba que la lucha ideológica de la humanidad había terminado para siempre, sino que la geopolítica misma había llegado a un fin definitivo, confundidas por el hecho de que el desafío ideológico comunista y el geopolítico soviético habían desaparecido simultáneamente.

A primera vista, esta conclusión parece más una extrapolación que una distorsión del argumento de Fukuyama. Después de todo, la idea del fin de la historia se funda-

mentaba en las consecuencias geopolíticas de las luchas ideológicas desde que el filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel la expresara por primera vez a comienzos del siglo XIX. Para Hegel, fue la batalla de Jena, en 1806, lo que acabó con la guerra de las ideas. A sus ojos, la destrucción total del ejército prusiano por las tropas de Napoleón Bonaparte en esa breve campaña representó el triunfo de la Revolución francesa sobre el mejor ejército que había podido levantar la Europa prerrevolucionaria. Eso significó el final de la historia, argumentó Hegel, porque, en el futuro, solo los Estados que adoptaran los principios y las técnicas de la Francia revolucionaria podrían competir y sobrevivir.

Aplicado al mundo posterior a la Guerra Fría, se consideró que este argumento significaba que, en el futuro, los Estados tendrían que hacer suyos los principios del capitalismo y de la democracia liberal para mantenerse en pie. Las sociedades comunistas como la Unión Soviética habían demostrado ser demasiado improductivas para competir económica y militarmente con los Estados liberales y muy poco creativas a la hora de innovar, lo que es el principal motor del desarrollo en las sociedades libres. Los regímenes políticos comunistas eran inestables, ya que ningún sistema político —excepto el de la democracia liberal— había proporcionado suficiente libertad y dignidad para que una sociedad contemporánea se estabilizara. Tal imposibilidad influyó decisivamente en su derrota. A pesar de ello, los partidos comunistas se disolvieron, se refundieron y se convirtieron en «partidos socialistas» con el objetivo de dar una imagen de perdurabilidad a la izquierda, aunque desde el punto de vista electoral esta estuviera superada por la historia. Los

Estados comunistas como la Unión Soviética, la antigua Yugoslavia y los que habían formado parte del Pacto de Varsovia se enfrentaron a una disyuntiva: subirse al carro de la modernización y volverse liberales, abiertos y pacifistas, o aferrarse amargamente a sus armas y a su cultura mientras el mundo pasaba de largo. Los nacionalistas serbios y croatas eligieron lo último. Los países del Pacto de Varsovia eligieron incorporarse a la Unión Europea y a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), es decir, «volver a Europa».

La caída del muro de Berlín puso el broche simbólico a la Guerra Fría. La guerra del Golfo fue su culminación práctica. Las esperanzas de un nuevo orden mundial se confirmaron en dicha guerra (2 de agosto de 1990-28 de febrero de 1991), gracias al amplio consenso en apoyo de la intervención de una coalición internacional liderada por Estados Unidos en defensa de la integridad territorial de Kuwait y contra Sadam Huseín, cuyas tropas habían ocupado el emirato. El discurso del presidente norteamericano George H. W. Bush en las Naciones Unidas, el 1 de octubre de 1990, reflejaba la esperanza de que la época de cambios que había empezado engendrara un nuevo orden mundial. El presidente norteamericano afirmó: «Auguramos una nueva sociedad de naciones que trascenderá la Guerra Fría. Una asociación basada en la consulta, la cooperación y la acción colectiva, especialmente a través de organizaciones internacionales y regionales. Una asociación unida por el principio y las reglas del derecho y apoyada en un reparto equitativo de los costos y los compromisos. Una asociación cuyas metas sean intensificar la democracia, aumentar la prosperidad, fortalecer la paz y reducir el armamento». El 29 de enero de 1991 volvió



hablar de ello, refiriéndose a la guerra del Golfo, cuando afirmó, no sin euforia, que «lo que está en juego es más que simplemente un pequeño país [Kuwait]; es una idea grandiosa... un nuevo orden mundial, en el que diferentes naciones se unen bajo una causa común para hacer realidad las aspiraciones universales de la humanidad: paz y seguridad, libertad y respeto a la ley».

Las palabras del presidente norteamericano anunciaban la intención de Estados Unidos de edificar un nuevo orden mundial, por tercera vez en el siglo XX, sobre sus propios valores. En 1918, fueron los catorce puntos del presidente Woodrow Wilson lo que moldeó la paz europea después de la Primera Guerra Mundial. Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, Franklin Delano Roosevelt y, tras él, Harry Truman se encontraron en condiciones de reformar una gran parte del planeta siguiendo el modelo de la democracia norteamericana. El final de la Guerra Fría implicó, para Estados Unidos, la tentación aún mayor de reordenar el entorno internacional a imagen y semejanza de la democracia norteamericana, debido a dos razones principales: por haber triunfado en la Guerra Fría y por ser la única superpotencia con la suficiente capacidad de intervenir en cualquier parte del mundo.

Pero ¿qué es un orden mundial? Henry Kissinger, en su *Orden mundial*, afirma que nunca existió tal cosa. Lo que solemos definir como un orden mundial es el sistema ideado hace casi cuatro siglos, en 1648, en la Paz de Westfalia, que puso fin a la guerra de los Treinta Años y representó un extraordinario avance en el esfuerzo por acabar con los conflictos religiosos y políticos: una paz basada en el equilibrio del poder, en la no intervención en los asuntos internos de los países soberanos, en la inviolabilidad de

las fronteras y en la soberanía de los Estados. Como señaló Kissinger, Westfalia reflejó una instalación pragmática en la realidad, no una visión moral única.

Los «órdenes mundiales» suelen aparecer tras las guerras en forma de acuerdos de paz. Su legitimidad es el resultado del acuerdo entre los vencedores de la guerra y el compromiso firme de respetar un cuerpo de nuevas reglas de juego. Su legalidad se nutre de las instituciones internacionales que velan por su cumplimiento. Así, por ejemplo, el orden establecido en el Congreso de Viena (1815) fue consecuencia de las guerras napoleónicas y representó el orden europeo más cercano a una gobernanza universal desde la caída del Imperio de Carlomagno. Los vencedores de Napoleón (el Reino Unido, Rusia, Prusia y el Imperio austrohúngaro) crearon la Santa Alianza basándose en un compromiso con los principios de la monarquía absolutista, sin excluir a Francia tras la restauración borbónica. El acuerdo, que proporcionó a Europa un siglo de paz internacional, representaba el equilibrio de poder geopolítico entre las grandes potencias de la época. Todos los países firmantes coincidían en que la preservación del sistema era más importante que cualquier controversia que pudiera surgir en su seno, y en que las diferencias deberían ser resueltas en adelante por medios pacíficos y negociaciones, excluyendo los enfrentamientos militares.

El orden europeo impuesto después de la Primera Guerra Mundial por el Tratado de Versalles (1919) fue incapaz de mantener una paz duradera. Desde el principio estuvo mal concebido: excluyó a la Alemania derrotada y a la Rusia bolchevique, e incluyó el principio de autodeterminación que destruyó dos grandes imperios (otomano y austrohúngaro) creando más desorden, ya que era im-

posible satisfacer las aspiraciones soberanistas de todas las etnias que reclamaban un Estado propio. La Paz de Versalles llevó a los europeos hacia la Segunda Guerra Mundial porque no pudo garantizar la supervivencia de Europa entre la Alemania revanchista y la Rusia revolucionaria, que rechazaba colaborar con los «Estados capitalistas».

El orden mundial creado tras la Segunda Guerra Mundial fue sellado en las conferencias de Yalta y Potsdam (1945), y, posteriormente, en el acta final de la conferencia de Helsinki (1975). Reconocía la división de Europa en «esferas de influencia» de los dos bloques, simbolizados por la división de Alemania. A diferencia de los anteriores «órdenes europeos» acordados en Viena y Versalles, que se basaban en el acuerdo entre potencias europeas, el orden posterior a la Segunda Guerra Mundial se fundamentó en el equilibrio nuclear entre la Unión Soviética y Estados Unidos, y en el equilibrio interno de la Alianza Atlántica, creada en 1949 para contener a la Unión Soviética.

¿Cómo se iba a transformar el mundo bipolar en un nuevo orden mundial? La primera consecuencia visible del final de la Guerra Fría fue el consenso internacional sobre la guerra del Golfo, lo que le dio una legitimidad extraordinaria. El colapso del comunismo y la retirada de las tropas soviéticas de los Estados que formaban parte del Pacto de Varsovia se produjo de modo pacífico tras la caída del muro de Berlín en 1989. No hubo guerra entre los dos bloques y, por ello, tampoco una conferencia de paz que fijara el nuevo orden mundial. La Guerra Fría —tensión permanente con grandes posibilidades de provocar un choque nuclear entre las dos potencias hegemónicas— terminó mediante negociaciones para realizar recortes del gasto militar y destruir parte, al menos, del

armamento nuclear. Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachov se reunieron en Ginebra en 1985 y en Reikiavik en 1986. El presidente George H. W. Bush y Gorbachov lo hicieron en Washington en 1988 con el mismo propósito. Pero fue el encuentro de Malta, en diciembre de 1989, ya con el muro de Berlín convertido en escombros, lo que selló el final de la Guerra Fría, pues allí se acordó la reunificación de Alemania. La posterior conferencia de París (1990), en la que fueron proclamados los principios básicos de las futuras relaciones entre Occidente y Rusia, no incluyó propuesta alguna de nuevo orden mundial. Tampoco los posteriores acuerdos entre la OTAN y Rusia —el Acta Fundacional OTAN-Rusia (1997) y la creación del Consejo OTAN-Rusia para la cooperación militar (2002)— podrían considerarse fundadores de algo semejante.

Esta serie de acuerdos entre Estados Unidos y la Unión Soviética supuso para Europa la unificación de Alemania, el desmembramiento de la Unión Soviética y la integración de los antiguos Estados del Pacto de Varsovia y las repúblicas bálticas en la OTAN y en la Unión Europea. La ampliación de ambas instituciones fue la lógica consecuencia de la victoria de las democracias occidentales en la Guerra Fría. Rusia había perdido la guerra. En Oriente Medio, supuso la hegemonía de los países suníes que se aliaron con Estados Unidos (Arabia Saudí, sus satélites del Golfo, y Egipto y Turquía) y la doble contención de Irán e Irak. En Asia, los acuerdos de la posguerra fría consolidaron la hegemonía de Estados Unidos, integrado en una red de relaciones de seguridad con Japón, Corea del Sur, Australia, Indonesia, Filipinas y otros aliados. Estados Unidos decidió no intervenir en China después de que el Gobierno de la República Popular ahogara en sangre las mani-

festaciones prodemocráticas de los estudiantes en la plaza de Tiananmén en 1989, que acabaron con muchos miles de muertos. Los acuerdos reflejaban las realidades del poder en Extremo Oriente, pero carecían de una legitimidad basada en el consenso internacional (por lo que resultaban tan estables como las relaciones que los sostenían).

Con la historia finalizada, el foco pasó de la geopolítica a la economía del desarrollo y a la no proliferación. La mayor parte de las relaciones internacionales se centró en cuestiones como el cambio climático y el comercio. La fusión del final de los desafíos geopolíticos y el fin de la historia ofreció una perspectiva especialmente tentadora a Estados Unidos: la ilusión paradójica de que el país podría comenzar a contribuir menos económica y militarmente al sistema internacional y, a la vez, sacar más beneficio. Sus élites políticas pensaron que podría reducir sus gastos de defensa y recortar las asignaciones del Departamento de Estado, y que el sistema internacional se haría más fuerte, próspero, libre y más inclusivo sin dejar de favorecer los intereses de Estados Unidos y de Europa.

Estas premisas se basaban en la creencia de que el nuevo orden mundial ya había nacido. La idea del presidente Bush, con raíces en los dictados de la política wilsoniana —es decir, en los principios de la seguridad colectiva, la conversión de los competidores al modo de pensar norteamericano, un sistema internacional capaz de resolver las disputas de manera legal y un apoyo incondicional a la autodeterminación étnica—, ya se había puesto en marcha en la primera guerra del Golfo. Volvimos a creer en la posibilidad de un mundo wilsoniano, aunque, durante el siglo xx, sus principios no hubieran obtenido un triunfo indiscutible (pero tampoco un fracaso inequívoco). Algu-

nas de las mejores victorias de la diplomacia de la época se basaron en el idealismo de Wilson: el Plan Marshall, el compromiso de contención del comunismo, la defensa de la libertad de Europa occidental y la fundación de las Naciones Unidas. Pero, al mismo tiempo, el idealismo wilsoniano trajo consigo un raudal de problemas. Tal como quedó plasmado en los catorce puntos, el apoyo acrítico a la autodeterminación no tuvo en cuenta las relaciones de poder ni los efectos desestabilizadores de grupos étnicos que seguirían obsesionados por rivalidades acumuladas y odios seculares, lo que encendió la Segunda Guerra Mundial.

El aspecto más importante del concepto del nuevo orden mundial residió en la nueva política exterior norteamericana. Los sucesores de George H. W. Bush —Bill Clinton (presidente demócrata entre 1993 y 2001) y George W. Bush (presidente republicano entre 2001 y 2009)— sustituyeron la estrategia de contención de los soviéticos por la expansión de los valores democráticos y del libre mercado. En el aparente triunfo filosófico del final de la Guerra Fría, Estados Unidos se había encomendado la tarea colosal de transformar no solo las instituciones internacionales, como lo había hecho después de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, sino de convertir países que no tenían tradición democrática alguna en parte del sistema planetario de la democracia liberal.

Este planteamiento —el de cambiar el foco del comportamiento externo de los países como actores en la escena internacional al de su política interior— fue propiciado por el contexto global. En primer lugar, por la percepción de la ausencia de guerra y de amenazas. China y Rusia, dos países con capacidad para actuar como grandes potencias, no estaban interesadas en poner en el centro de las rela-

ciones internacionales la competitividad militar y la rivalidad geopolítica. Los países responsables poseían armas nucleares, pero no las iban a utilizar para los fines tradicionales de las políticas de poder. En ese entorno de aparente seguridad geopolítica y ausencia de amenazas militares, la economía global de la que todos los países virtualmente formaban parte, y que seguía generando beneficios a propios y ajenos, adquirió una importancia extraordinaria.

Después de la Guerra Fría, la economía global se convirtió en el zócalo del nuevo orden mundial. La integración económica, por naturaleza, supone mucha más cooperación que rivalidad. El libre mercado no opera en el vacío. Las democracias liberales, lideradas por Estados Unidos, se emplearon a fondo en proteger y ayudar a sostener el orden económico global, interviniendo en las zonas del mundo más inestables para pacificarlas y contribuir a la construcción de Estados estables —Irak (1991), Somalia (1993), Haití (1994), los Balcanes (1995-1999)—, y empeñándose en transformar a China y Rusia vinculando el comercio con los derechos humanos en la primera y ayudando a implantar la economía del mercado libre en toda la antigua área soviética. La idea principal era reestructurar sus políticas domésticas y económicas y reforzar, pacificándolas, sus políticas exteriores.

El mundo liberal y sus valores entraron en la crisis por diferentes razones (como veremos en los siguientes capítulos), pero en los años noventa pocas voces ponían en duda el hecho de que la democracia liberal había triunfado y el mundo se había vuelto «unipolar», dominio exclusivo de «una superpotencia», por lo que todos esperaban que el triunfo en la Guerra Fría deviniera en el éxito de las democracias occidentales en la tarea de transformar el

mundo implantando un nuevo orden internacional. Construir las instituciones democráticas parecía factible. Quedaba mucho por hacer, y la vida de las sociedades democráticas de finales del siglo xx estaba lejos de ser perfecta. Pero sus logros eran ya lo suficientemente impresionantes como para inducir a politólogos, sociólogos, economistas e intelectuales a considerar al capitalismo como la forma final y definitiva de la sociedad humana. La idea de que el desarrollo industrial y económico conducía inexorablemente tanto a la paz social en la política interior de los países como a la paz internacional en el extranjero resultó sumamente reconfortante tras una época marcada por la amenaza de las armas nucleares y los misiles balísticos intercontinentales. La economía capitalista, el libre mercado y la formación de Gobiernos a base de elecciones pluripartidistas eran aceptados en muchos países.

Pero los tres propósitos de las democracias liberales en la época posterior a la Guerra Fría —sostener una economía global, pacificar las regiones inestables y transformar China y Rusia— han tenido un destino desigual. El mayor logro de la época de la posguerra fría fue la conversión del orden mundial en un orden global económico, lo que no quiere decir necesariamente liberal.

La integración económica global (o globalización en sentido estricto, si se quiere) surgió en la época de cambios. Su principal impulsor fue Estados Unidos. Durante la primera época de integración económica en el siglo xix, el Reino Unido había sido el país clave. La economía política, es decir, la teoría de los beneficios económicos del libre comercio, nació en las islas británicas. El comercio y las inversiones fluían a través del imperio, la armada británica lo protegía y la libra esterlina era la moneda más poderosa.



Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos asumió las responsabilidades económicas internacionales británicas. Lideró la creación de las instituciones internacionales y la recuperación de las prácticas comerciales que dos guerras mundiales y la Gran Depresión de los años treinta habían destruido. Desde entonces, Estados Unidos garantizó la actividad económica internacional con su poder militar, su moneda, y la apertura de sus mercados a las importaciones de Europa y Asia. Con el final de la Guerra Fría y el colapso del comunismo, el orden económico creado y apoyado por Estados Unidos se expandió, convirtiéndose en un orden global. China, Rusia, India y los países que habían tenido regímenes comunistas se unieron a ese orden en forma de mercado. Estados Unidos continuó con las políticas de apoyo al libre comercio, que cada vez se hacían más difíciles y más fáciles: más difíciles porque el mercado aumentaba con unas dinámicas vertiginosas; más fáciles porque Estados Unidos no tenía que enfrentarse al comunismo ni a ninguna otra amenaza, por lo que podía dedicarse plenamente al desarrollo de la economía global. Mercancías y capitales fluían a través de las fronteras como nunca antes. La mayoría de los países se beneficiaron del crecimiento económico que, entre 1989 y 2008, se iba notando en casi todos los rincones del planeta.

Las misiones militares han tenido mayor éxito que las llamadas políticas de *nation-building* y de *state-building*, o sea, las de construcción nacional y estatal posteriores a las intervenciones militares (excepto en los Balcanes). Por ello se suele afirmar que Estados Unidos es buen bombero y policía, capaz de pacificar las zonas de conflicto, pero mal alcalde, toda vez que ha fracasado en la construcción de estructuras institucionales. Aunque no del todo.

El intento de integrar en el orden internacional de la posguerra fría a China y Rusia ha fallado porque ninguno de los dos países estaba interesado en integrarse en un orden mundial liberal forjado, liderado y sostenido por Estados Unidos. Los Gobiernos de estos dos países han sido capaces de resistirse al tipo de cambios que quería introducir Estados Unidos, y ambos guardan un resentimiento hacia los occidentales, ya que estos han desdeñado sus opiniones. La anexión de Crimea en 2014 por Rusia significó el punto final del orden internacional creado tras la Guerra Fría, y, junto con el auge y proyección del poder militar de China en la cuenca del Pacífico, así como el desafío de los programas nucleares de Irán y Corea del Norte, reflejan el regreso de la geopolítica, la restauración de la política de rivalidades y competitividad entre las grandes potencias.

Ahora es muy tentador ver el «regreso» (aunque, en rigor, nunca se fue) de la geopolítica como una refutación definitiva de la tesis de Fukuyama. Sin embargo, la realidad es más complicada. El final de la historia, como recordó Fukuyama, era una idea de Hegel, y, aunque el Estado revolucionario hubiera triunfado para siempre sobre el Antiguo Régimen, el mismo Hegel sostuvo que la competencia y el conflicto continuarían. Predijo que habría disturbios en las provincias, incluso cuando las tierras centrales de la civilización europea se trasladaran a un tiempo poshistórico. Dado que las provincias de Hegel incluían a China, India, Japón y Rusia, no debería sorprender que, más de dos siglos después, los disturbios no hayan cesado.

Otra de las ideas de Fukuyama, en el mismo ensayo sobre el fin de la historia, ha recibido injustamente mucha menos atención. Mientras Fukuyama investigaba cómo

sería una sociedad poshistórica, hizo un descubrimiento inquietante. En un mundo donde las grandes preguntas se han resuelto y la geopolítica se ha subordinado a la economía, la humanidad está compuesta por un tipo de ser humano de características poco compatibles con las democracias liberales: un hombre nihilista, consumidor narcisista sin mayores aspiraciones más allá del próximo viaje al centro comercial. En otras palabras, el hombre poshistórico que describe Fukuyama se parece mucho a los políticos sin capacidad de liderar y a los burócratas europeos, que son suficientemente competentes para manejar-se entre la gente poshistórica, pero incapaces de entender los motivos y contrarrestar las estrategias de las políticas de poder pasadas de moda, como se ha demostrado en el conflicto de Ucrania. A diferencia de sus rivales menos productivos y menos estables, las personas poshistóricas no están dispuestas a hacer sacrificios, se concentran en el corto plazo, se distraen fácilmente y carecen de coraje.

Fukuyama se equivocó con la predicción del fin de la historia, pero en absoluto respecto a la definición del hombre poshistórico. Aunque el fin de la historia no haya llegado, existe ya un hombre poshistórico, que es tanto él como sus circunstancias, definidas por la reducción de la política, el pensamiento, y el debate de ideas a puro entretenimiento en las redes sociales, donde millones de usuarios anónimos odian, insultan y mienten sin ninguna responsabilidad individual, social o política.